

FIONA DAVIS

LOS SECRETOS DE LA BIBLIOTECA  
DE LA QUINTA AVENIDA

Traducción de Víctor Ruiz Aldana

  
ESPASA

# Capítulo uno

CIUDAD DE NUEVA YORK, 1913

Debía contárselo a Jack, aunque no le iba a hacer ni pizca de gracia.

Mientras Laura Lyons regresaba de hacer unos recados, dándole vueltas a las posibles reacciones de su marido cuando se enterara de la noticia, vislumbró a la mendiga apostada de nuevo en el primer peldaño de la escalinata de granito que conducía a su hogar: siete habitaciones en las profundidades de la palatina Biblioteca Pública de Nueva York. Esta vez la presencia de la mendiga no le generó lástima, sino un miedo atávico. Era ciertamente algún tipo de mal augurio que hizo que a Laura se le acelerara el corazón. Una mujer al borde de la ruina, sola y sin recursos. Sin amor.

El vestido de luto de la mendiga estaba más ajado que la semana anterior, deshaciéndose ya por las mangas y el dobladillo, y el rostro le brillaba con el sudor del verano. A lo largo del último mes se había ido colocando cada pocos días al lado de aquella monumental entrada, bajo uno de los imponentes leones de piedra, a los que habían bautizado como Leo Astor y Leo Lenox, en homenaje a dos de los fundadores de la biblioteca, John Jacob Astor y James Lenox. A los hijos de Laura los habían

fascinado desde el primer momento; Harry había reclamado a Lenox como su mascota, y Pearl había hecho lo propio con Astor, sin importarles que en la prensa se hubieran burlado inicialmente de ellos al afirmar que parecían un cruce entre un perro salchicha y un conejo. La semana anterior Laura había estado a punto de no poder impedir que su hijo grabara sus iniciales en las fuertes patas de Leo Lenox.

La mendiga se movió, en un intento por buscar algo de sombra. Laura se preguntó dónde debía de estar la criatura desdichada que solía ocuparle el regazo.

—Dinero o comida, por favor, señorita. Lo que pueda usted.

Laura metió la mano en la cesta de la compra y sacó dos manzanas. Uno de los empleados de la biblioteca no tardaría en echar a la mendiga, así que Laura se alegró de haber llegado a tiempo, aunque el acto de ofrecerle su ayuda a la pobre mujer estuviera inspirado, al menos en parte, por un trato ridículo y supersticioso que solo existía en la mente de Laura. Como si tratar con generosidad a una persona necesitada pudiera facilitar la conversación que la esperaba.

—Gracias, señorita. —La mujer se guardó la fruta en los bolsillos—. Que Dios la bendiga.

Laura se apresuró a subir la escalinata y entrar en el Astor Hall, dejando atrás a las decenas de visitantes que paseaban por allí y cuyas voces resonaban en los escalones de mármol, los suelos de mármol, las paredes de mármol. Hasta las bases decorativas de los candelabros de bronce estaban hechas de mármol de Carrara extraído de los Alpes Apuanos. Aquella opción mantenía el edificio fresco en tórridos días de septiembre como aquel, a pesar de que en invierno se tuviera la sensación

de estar caminando por una nevera, sobre todo por la noche, cuando la biblioteca estaba cerrada y apenas se alimentaban los hornos.

Giró hacia la izquierda, a través de la gran galería sur-norte, pasando por debajo de una serie de lámparas esféricas de un grueso vidrio curvado que dividían las largas hileras de artesones del techo. Hacia la mitad del pasillo giró a la derecha una vez, y luego otra, antes de subir una escalera estrecha hasta el apartamento del entresuelo donde hacía dos años que vivía su familia.

Sus siete estancias privadas formaban un ángulo recto que abrazaba una de las esquinas de uno de los dos patios interiores de la biblioteca, con las habitaciones y el estudio de Jack a un lado y la cocina, el comedor y la sala de estar al otro. La zona abierta que ocupaba el vértice del ángulo recto, y donde emergía la escalera, se había convertido en la sala de juego de los niños; allí Harry repartía sus vías de tren en un rincón y Pearl aparcaba el cochecito de su muñeca bajo la puerta del montaplatos. Cuando se mudaron, Jack les había tenido que dar una buena reprimenda al descubrirlos con las cabezas asomadas al oscuro agujero, pero la familia no había tardado en acomodarse y adaptarse a su nuevo entorno.

El director de la biblioteca —el jefe de Jack— les había indicado durante el paseo de bienvenida que la arquitectura clásica del edificio seguía una progresión de materiales duros a blandos, empezando por el vestíbulo de piedra hasta ceder el testigo a los paneles de madera de las estancias interiores. Laura había puesto de su parte para mantener la tradición, suavizando los duros suelos con un batiburrillo de alfombras orientales y cubriendo los enormes ventanales con gruesas cortinas. Sobre la repisa de la chimenea había enmarcado el artículo de

diario acerca de aquel inusual acuerdo de alojamiento, publicado el año en que se mudaron.

Gritó los nombres de sus hijos al entrar en la cocina, y el sonido de sus pesadas pisadas a su espalda le dibujó una sonrisa en los labios.

—A Harry se le ha caído otro diente —exclamó Pearl primero, con un brillo alegre en los ojos por haber sido capaz de adelantarse a su hermano para darle la noticia.

Laura creía que vivir allí los habría convertido en un par de ratones de biblioteca, pero Pearl no quería saber nada de historias en las que no aparecieran fantasmas o animales. Harry era distinto, aunque no era tanto de leer como de que le leyeran, sobre todo su deteriorado ejemplar de *Héroes marítimos para chicos*. A principios de aquel verano, cuando Jack le había leído a Laura al oído un verso de uno de los sonetos de Shakespeare con un tontorrón tono de falsete mientras ella lavaba los platos, Harry había exigido saber qué significaba. A la hora de dormir, Laura había bajado el ejemplar de la librería y le había leído unos cuantos poemas en voz alta. Harry la interrumpía para preguntarle por los versos más procaces, que Laura esquivaba como podía. Más tarde, cuando ella y Jack ya estaban tumbados en la cama, se rieron entre dientes del oído natural —y totalmente inocente— de su hijo por las partes más obscenas.

Pearl era la mandona, mientras que Harry era más bien dulce, aunque a veces también algo torpe al enfrentarse a los caprichos de la naturaleza humana. Cuando Laura había dejado por primera vez a sus hijos en la escuela en el cruce entre la calle 42 y la Segunda Avenida, dos años atrás, Pearl había dedicado un momento a analizar los grupos de niñas diseminados por el patio del recreo, reflexionando sobre cuál sería la mejor forma de

actuar, mientras que Harry se había tambaleado sin pensárselo dos veces hasta un grupo de niños que jugaban a las canicas, chutando por accidente algunas durante el proceso, lo que había provocado que le dieran un empujón y fuera rechazado de inmediato.

Harry, con casi once, era cuatro años mayor que Pearl, pero ella era más astuta, más ágil. Laura y Jack habían descartado el nombre inicial que habían escogido para su hija —Beatrice— después de ver el pelo delicado como la escarcha que le cubría la cabeza, más cercano al de una anciana que al de una bebé. Sus ojos no eran del intenso azul de Laura, sino más bien grises, y sus facciones y color le daban un aspecto ceniciento.

—Pearl —había concluido Laura, y Jack había accedido con lágrimas en los ojos:

—Pearl.

El último año de escuela había sido duro para Harry, quien, al contrario que su hermana, jamás llevaba amigos a casa para jugar ni recibía invitaciones para fiestas de cumpleaños. Laura esperaba que aquel año fuera diferente y que él ganara algo de confianza, más aún teniendo en cuenta, si todo salía según lo planeado, que ella no estaría tanto tiempo en casa.

Pearl acompañó a su hermano hasta la cocina.

—Enséñale el diente, Harry.

Él abrió la palma de la mano, donde un diente de leche reposaba como una rara gema. Laura lo cogió y lo acercó a la luz.

—Es precioso. A ver esa mella.

Él sonrió de oreja a oreja, mostrando el espacio que antes había ocupado uno de los colmillos.

—No me ha dolido nada, estaba jugando con la lengua y, de repente, plop, se ha caído.

—Menos mal que no te has atragantado con él —dijo Pearl—. Conozco a una niña a la que le pasó y se murió.

—Pearl, eso es mentira.

Harry miró a Laura para que se lo confirmara.

—Ni caso, no te preocupes. —Laura se guardó el diente en el delantal—. Venga, id a lavaros antes de que vuestro padre llegue a casa.

Cortó el rosbif y las patatas de la noche anterior, contenta por no tener que encender el fuego con aquel calor, y estaba haciendo rodajas con unas manzanas para el postre justo cuando entró Jack.

Jack se tiró de la corbata y miró nerviosamente alrededor de la diminuta estancia.

—No tengo tiempo para cenar, todavía tengo pendiente lo de las nóminas.

No era el mejor momento para darle la noticia. Le dio un beso antes de volverse y guardarse de nuevo en el bolsillo del delantal la carta que había dejado en la mesa de trabajo.

—Por supuesto que tienes tiempo para cenar, es pronto.

Pero ella sabía a qué se refería. Lo que Jack quería decir era que, si se saltaba la cena, tendría tiempo de preparar las nóminas y trabajar en su manuscrito, en el libro que había empezado a escribir años atrás y que por fin estaba a punto de completar.

—¿Puedes llevármela al estudio? —Se pasó el archivo de las nóminas a la mano izquierda y cogió una rodaja de manzana—. Puedo ir haciendo los números de las nóminas y comer a la vez.

Sus ojos suplicantes le recordaban a los de su hijo. Preparó un plato y lo llevó a la habitación extra, adonde Jack había arrastrado una de las mesas de la biblioteca

hasta colocarla contra la ventana. Todo en aquella habitación resultaba desproporcionado, como si se hubiera metido una gran barcaza de madera dentro de un cobertizo diminuto.

Ya estaba descendiendo por las filas del libro de cuentas, rellenando cada una con el nombre, el puesto y el salario mensual de las ochenta personas a su cargo de la Biblioteca Pública de Nueva York. Ella echó un vistazo a la lista por encima del hombro de él: guardas, porteros, ascensoristas, ebanistas, fontaneros, electricistas, personas que recorrían las estanterías, conserjes, carboneros. Y en la parte superior, Jack Lyons, superintendente.

Cuando le ofrecieron el trabajo, mientras aún vivían en el campo, Laura se había mostrado reticente a regresar a la ciudad. Reticente a renunciar al sol y al aire fresco del que disfrutaban sus hijos por vivir a cien kilómetros al norte de Nueva York, así como a la comunidad de empleados y compañeros que residían en el perímetro de la desvencijada hacienda cuyos terrenos supervisaba Jack. En un primer momento, la decisión de mudarse al campo no había sido de ella, pero el puesto que les habían ofrecido era, por así decirlo, una huida: una opción para que Laura pudiera evitar la peor parte de la ira y decepción de su padre por el hecho de haberse casado embarazada. Juntos, ella y Jack habían decidido dejar atrás las luces de la ciudad por una vida más tranquila, en la que Jack vigilaba con diligencia la finca durante el día y escribía por la noche. Todos los inviernos, después de las primeras nieves, Harry y Pearl se tiraban con un trineo por la enorme colina que había tras la mansión de los propietarios, y todas las primaveras recogían narcisos del jardincito que tenían al lado de casa y se los pre-



sentaban a Laura como si estuvieran hechos con filigrana de oro.

Sin embargo, la acaudalada pareja de ancianos propietarios de la finca murieron, y sus hijos habían decidido vender las tierras y echar a los trabajadores.

Laura, Jack y los niños se habían mudado a la biblioteca justo antes de que abriera al público. Las vistas que Laura tenía del enorme roble que se alzaba frente a la ventana de la cabaña del guardés habían dejado paso al duro blanco de los bloques de mármol de treinta centímetros de grosor. No había ni pizca de verde a la vista. Los paneles de nogal del salón y de la moderna cocina no le habían disgustado en un principio, ni tampoco la idea de vivir entre los muros del edificio más hermoso de Manhattan, pero el aislamiento había acabado por desgastarla. A pesar de que la biblioteca cumplía con las expectativas que tuvieron los fundadores de que fuera el edificio de mármol más grande del mundo, un ejemplo inspirado en la arquitectura clásica que tardaron dieciséis años en completar, Laura no había previsto lo remotas que serían sus vidas dentro de aquella fortaleza nívea. No había vecinos a los que saludar por las mañanas, como en la casa pareada en la que había crecido, ni pícnicos junto a la orilla del río con otras familias, como cuando vivían en el campo. En su lugar, lo que veían era un desfile interminable de visitantes anónimos que entraban para ver si el edificio estaba a la altura de su reputación por su elegancia y belleza (la respuesta era siempre un rotundo «sí»), o aquellos que simplemente querían ocupar una silla en la Sala Principal de Lectura.

Jack se pavoneaba por el edificio como si fuera su propio castillo, y en cierta manera no iba desencaminado. Conocía todos los secretos, cada recoveco. Fanfarro-

neaba tanto sobre el lugar delante de los niños que era fácil encontrarlos repitiendo como loros las estadísticas: miles de visitantes al día, ciento cuarenta kilómetros de estanterías que contenían un millón de libros.

Y, en el centro de todo, su familia, encajada detrás de una escalera oculta.

No podía esperar más. Cuando él empezara a trabajar en su manuscrito, su interrupción sería aún menos bienvenida. Pensó en la mendiga que entrecerraba los ojos bajo la agresiva luz del sol, con una única mano desnuda levantada. Ella nunca sería así.

Poco a poco extrajo el sobre del bolsillo y sacó la carta, oyendo únicamente el rasgar de la pluma estilográfica de Jack.

—Me han respondido —anunció al fin.

Él dejó la pluma sobre el escritorio sin levantar la mirada.

—¿Ah, sí?

Ella esperó.

—¿Y...?

—Me han aceptado.

La Sala Principal de Lectura de la tercera planta era el mejor lugar para pegarse una buena llorera de madrugada. Laura lo había descubierto poco después de mudarse allí. Siempre había sido de lágrima fácil, y la enormidad del espacio, con sus techos de diecisiete metros adornados con nubes de algodón, era lo más cerca que podía estar de los campos que se extendían tras la casita al norte del estado a los que se retiraba cuando sus emociones la embargaban. Durante el día las mesas relucientes de la estancia, salpicadas por lámparas de escritorio,

estaban flanqueadas por las espaldas encorvadas de los visitantes, que leían o tomaban notas con el delicado rasgar de las plumas. Laura solía imaginarse cómo sería si todos sus pensamientos se volvieran visibles, si la enorme caverna que tenían sobre sus cabezas de repente se atestara de palabras y frases, flotando en el aire como pompas de jabón.

Aquella noche, sin embargo, la sala no estaba ocupada más que por sus miserables cavilaciones.

No solo lloraba por ella, sino también por el disgusto que se había llevado Jack al no verse capaz de concederle su único deseo: ir a la Escuela de Periodismo de Columbia. Sencillamente no se lo podían permitir. Tenía un rostro tan afable, honesto y con tendencia a la sonrisa que verlo tan desolado la había afectado el doble por haberle causado dolor.

Cuando le comentó la idea a Jack por primera vez a principios de año, él había reaccionado con su típica meticulosidad. Juntos, habían hecho una lista de ventajas y desventajas, y habían decidido que solo sería factible si le otorgaban una beca completa. Y no era el caso. De hecho, ni siquiera la habían aceptado, sino que la habían puesto en lista de espera. Hasta aquel día.

No había valorado la idea de volver a estudiar hasta unos cuantos meses atrás, cuando el ayudante del director de la biblioteca, el doctor Anderson, la había oído bromear sobre lo que significaba criar a sus hijos entre los muros de la biblioteca y le había sugerido que escribiera un texto al respecto para el boletín informativo mensual de los empleados. Había escrito de prisa y corriendo un artículo tonto sobre lo difícil que era tener a Pearl y Harry tranquilos durante el día, sobre todo en verano, cuando no estaban en la escuela, y cómo se le había ocurrido la

idea del «pataleo» de diez minutos por las noches, después de que los visitantes se hubieran echado a las calles y las oficinas de administración se hubieran vaciado. A su señal, los tres brincaban por los pasillos, danzando y cantando, Harry haciendo carreras y Pearl practicando su canto tirolés, lo que había provocado que el vigilante del turno de noche subiera a toda prisa al segundo piso para descubrir qué demonios estaba pasando. Se había plantado frente a ellos resollando, con las manos en las rodillas, y Laura había temido que pudiera llegar a desplomarse del susto. Con todo, después de aquella primera vez él se había ido acostumbrando a la idea, y a veces incluso se les había unido, ofreciendo un alarido que resonaba por las escaleras y probablemente aterraba a las ratas que deambulaban por el sótano.

Cuando el doctor Anderson asumió el cargo de director, había insistido en que Laura escribiera una columna mensual llamada «La vida entre estanterías», y ella lo hacía diligentemente con la máquina de escribir de Jack mientras él trabajaba. Poco después había visto un anuncio en el periódico sobre la creación de una escuela de periodismo en la Universidad de Columbia, abierta a hombres y mujeres. Tras unas cuantas pesquisas descubrió que los estudiantes que tuvieran el bachillerato solo debían hacer un año de cursos. Un año. Ochenta y cinco dólares por semestre. Una suma considerable, teniendo en cuenta el salario de Jack. Pero aun así solo eran dos semestres. Habría terminado casi sin darse cuenta, y luego podría conseguir trabajo en un periódico y llevar a casa su propio sueldo. Tras discutirlo con Jack, ella le había pedido una carta de recomendación al doctor Anderson y se había llevado una buena sorpresa cuando él había accedido a redactarla.

Laura se había enterado de que la habían puesto en la lista de espera pocas semanas después de haber enviado por correo su solicitud. Hasta aquel día, cuando había recibido las buenas noticias. Había quedado una vacante y, si la quería, era toda suya. Pero Jack no parecía verlo de la misma forma.

—Ojalá pudiéramos permitirnoslo y que fueras, pero no sé si es lo mejor —le había dicho en el apartamento—. Aunque pudiéramos, ¿qué pasa con los niños?

Había previsto aquella pregunta.

—Ya son mayorcitos para cuidarse solos. Y si hubiera algún problema, te tienen a ti en este mismo edificio.

—¿Por qué no sigues haciendo lo que haces, Laura? —le preguntó Jack—. El doctor Anderson me dijo el otro día que tenías un estilo encantador en lo de los boletines informativos.

—Porque no me pagan. Quiero ayudar para que no cargues tú con todo el peso de nuestras vidas.

—Siempre caemos de pie. ¿De qué peso hablas?

No podía mencionarle a la mendiga; no lo entendería. Que temía que si algo le ocurriera a Jack ella también acabaría en los escalones, harapienta y sucia, pidiendo dinero. Había visto cómo el opulento estilo de vida de sus padres desaparecía de un plumazo tras varios reveses financieros, a pesar de que ellos se negaran a hablar del tema, como si el hecho de ignorar el problema pudiera hacerlo desaparecer. Cada pocos meses Laura advertía otro espacio vacío en su palacete de Madison Avenue después de que hubieran vendido otro antiguo buró, o un rectángulo demasiado llamativo en el papel de la pared donde poco antes había colgado un retrato solemne.

El último número de la revista *McCall's* incluía un editorial que trataba de la inquietud creciente entre las

mujeres modernas acerca del hecho de que necesitaban tener algo de poder sobre sus vidas. Ella experimentaba esa inquietud todos los días. Vivir en un edificio hasta los topes de libros y conocimiento, con sus estanterías de mapas y diarios del mundo, y aun así sentirse tan tremendamente reprimida era una tortura.

—Quiero algo de pasión, igual que tú con tu manuscrito.

Quizá lo entendiera si se lo planteaba de aquella forma.

—Mira, Laura, el año que viene habré acabado el manuscrito. Si esperamos hasta entonces podemos aprovechar el adelanto para tu matrícula. Es lo mínimo que puedo hacer, después de todo lo que has hecho por mí.

Ella se sentó sobre su regazo a horcajadas y le apoyó la cabeza en el hombro.

—De eso nada, bobo —le susurró—. El adelanto es para que dejes este trabajo y te dediques a la escritura a tiempo completo. Pero, mira, si para entonces me he graduado y he encontrado trabajo, podrás dejarlo de todos modos.

Al verlo parpadear dos veces sabía que había metido la pata. Porque hasta ese punto se conocían tras once años como marido y mujer. Se habían conocido en Nueva York durante una de sus pausas entre semestres de la Universidad de Vassar, en una fiesta en la que temía haber hablado demasiado alto y con demasiada vehemencia sobre el significado de un poema de Poe. Aún se estaba acostumbrando a ser la más joven de la sala y a no ser ya la más lista. Laura había acabado el instituto en tres años y la habían aceptado en la universidad a los dieciséis, animada por su madre a que no dejara pasar ninguna oportunidad. Pero el tiempo que había permanecido

en la ciudad, entre mentes mucho más brillantes que la suya, no había tardado en ponerle los pies en el suelo. Avergonzada tras el soliloquio sobre Poe en la fiesta, se había retirado a la cocina para ayudar a limpiar los cacharos. Jack se había apuntado a secar las copas de champán, y los dos habían reprimido una carcajada después de que la anfitriona apareciera de improviso y les advirtiera sobre que tuvieran cuidado de no romper los tallos.

—Id con cuidado —había repetido Jack con un tono afectado después de que ella se marchara—. Son delicadísimas, ¿sabéis?

Levantó una hacia la luz para comprobar que no quedaran manchas, con una manaza enorme como la garra de un oso. En ese momento la copa se le resbaló y aterrizó en el fregadero en un montón de fragmentos parecidos al hielo.

Los dos se miraron fijamente, perplejos, antes de romper a reír. Esa noche, algo más tarde, le había dicho que era preciosa, y no parecían haberle importado las gruesas cejas oscuras que le daban aspecto de mojigata (según su padre) ni que tuviera el pelo hecho un desastre (también según su padre).

Se había dado cuenta de que Jack estaba mirando la máquina de escribir de reojo. No veía el momento de ponerse otra vez manos a la obra para aprovechar al máximo cada minuto antes de caer rendido en la cama a medianoche.

—A lo mejor podríamos pedírselo a mis padres.

Sabía que aquello estaba fuera de toda cuestión, pero quería animarlo a valorar la situación desde todos los ángulos posibles. Jack se enderezó. Mencionar a sus padres había sido otro error. Llevaba una década inten-

tando demostrar que era un buen marido y un buen padre.

—No, ni hablar.

—Ya. Lo siento.

Jack abrió la carta y la leyó.

—Son ochenta y cinco dólares por semestre, más veinte dólares por los libros. —Volvió a dejarla sobre el escritorio y la rodeó delicadamente con los brazos—. Está fuera de nuestro alcance. Además, serás mayor que los otros estudiantes. Años y años.

Ella le dio un golpecito, aunque aquellas palabras le habían dolido más de lo que parecía.

—Oye, que tengo veintinueve. Y me dicen que no aparento más de veinte.

—Como mucho, veintiuno.

—Es un año. Dura menos que otro tipo de grados. ¿Y si nos apretamos el cinturón?

Pero ella conocía sus finanzas tan bien como él. Qué extraño que apenas llegaran a final de mes viviendo en aquella maravilla arquitectónica. Los niños estaban creciendo tan rápido que, por lo visto, necesitaban ropa nueva cada dos por tres. Pearl había cogido una gripe terrible en enero, y las facturas del médico por poco los arruinan. Ya estaba bien, gracias a Dios, pero ellos seguían trampeando. El momento no podía ser peor.

Él le agarró la barbilla con una mano y le dio un beso.

—Siento no poder darte el mundo entero.

—Todavía no, pero tiempo al tiempo.

Habló con todo el ánimo que pudo reunir y lo dejó trabajar. Después de lavar y secar los platos de la cena, se fue a ver cómo estaban los niños —Harry se había quedado dormido en un abrir y cerrar de ojos, y Pearl estaba en su habitación cambiándole la ropita a su mu-



ñeca—, antes de escabullirse del apartamento y echar a andar escaleras arriba, hasta la Sala Principal de Lectura, para poder curar sus heridas en privado. Su padre le había advertido que, si se negaba a cumplir sus deseos y se casaba con Jack, su vida cambiaría drásticamente. Y tenía razón, aunque no como él había previsto. Adoraba ver a sus hijos ganar altura, velocidad y humor día tras día, y tenía suerte de poder compartir su vida con el hombre que mejor la conocía.

Pero no era suficiente. El tiempo volaba y ella quería hacer más, ser más. Las tareas domésticas diarias, la monotonía, le pesaban como si llevara piedras en los bolsillos. Todos los días tenía otra cena que preparar, otro calcetín que remendar.

Se sacó un pañuelo de la manga y se secó los ojos, disfrutando de la quietud de la sala, del oscuro silencio.

Un sonido proveniente de la pasarela superior recorrió toda la sala por encima de las estanterías y le hizo dar un respingo. Una puerta se abrió y allí apareció el doctor Anderson, entornando los ojos por encima del pasamano.

—Señora Lyons, ¿es usted?

Rezó porque la oscuridad de la sala le ocultara los ojos enrojecidos. Rayos de luz de luna se colaban por las enormes ventanas batientes, pero no bastaban para iluminar el espacio.

—Yo misma, doctor Anderson. —No tenía motivos para estar allí a aquellas horas, y se esforzó por encontrar una excusa antes de optar por decir la verdad—. A veces me gusta disfrutar del silencio.

—Pues ya somos dos. He estado acabando con la faena y me apetecía fumarme un cigarrillo. ¿Ha estado alguna vez aquí arriba?

—No, señor.

Le hizo un gesto para que entrara por la puerta que él tenía justo debajo, encajada entre las estanterías. Conducía a una escalera de caracol que ascendía hasta la pasarela con la barandilla de bronce, donde se unió a él.

—Venga por aquí.

Lo siguió a través de otra puerta, esta vez engastada en los bloques de mármol entre la segunda y la tercera ventana. Dentro, unos cuantos escalones subían hasta un estrecho corredor en el que apenas cabían tres personas. Frente a ellos esperaba una puerta con un ventanuco con barrotes. Cuando él la abrió, Laura profirió un grito ahogado y dio un paso al frente.

Estaban respirando el aire fresco de la noche desde uno de los balcones con vistas a Bryant Park y a la parte oeste de la ciudad. La luna llena iluminaba los edificios vecinos, mientras que justo debajo de ellos los árboles proyectaban sombras lunares sobre los pasajes, como si fuera mediodía.

—Siempre había sentido curiosidad por estos balcones —dijo ella—. Desde el parque se ven lejísimos.

—Corre el rumor de que la idea inicial era que acabaran conectando con un anexo del edificio que nunca llegó a construirse, pero yo creo que a los arquitectos simplemente les gustaba cómo quedaban.

Le dio una calada al cigarrillo. La primera vez que lo vio la habían intimidado su alta frente y su labio inferior hinchado —le recordaba a los retratos de aristócratas franceses del siglo xvii—, pero la propuesta de las columnas para el boletín informativo había suavizado su impresión inicial, y la carta de recomendación había sido un elogio tras otro.

—¿Se sabe algo de Columbia?

Tenía la esperanza de que hubiera acabado olvidán-

dose de aquello después de que se lo mencionara la pasada primavera, cuando envió la solicitud. Su gozo en un pozo.

—Sí.

—Cuénteme.

—Al principio me pusieron en lista de espera, pero hace poco me informaron de que me habían aceptado.

—Vaya, pues enhorabuena. Jack no debe de caber en sí de orgullo.

—Pues sí, la verdad. Pero creo que esperaré un poco, de todas formas. Ahora no es el momento.

—¿Es por los gastos?

Si hubiera dicho que sí, habría dado la impresión de que no estaba conforme con el sueldo de Jack, y nada más lejos de la realidad. Tan confusa estaba por encontrar la respuesta adecuada que el rostro se le encendió. Se ruborizó intensamente bajo el escrutinio del doctor Anderson.

—No, no, en absoluto —balbució—. Los niños me necesitan. Ya lo intentaré el año que viene, cuando sean algo mayores.

—Entonces ¿me hizo escribirle aquella carta para nada?

Su tono le atravesó el alma. Estaba disgustado.

—No, ni mucho menos —le aseguró sin perder un instante—. Pero las circunstancias han cambiado.

Él apagó el cigarrillo y le abrió la puerta para que volviera adentro. Mientras atravesaban la Sala Principal de Lectura y se dirigían a la Sala de Catálogos anexa, charlaron sobre la terrible ola de calor que asolaba la ciudad y otras cuestiones mundanas, antes de que ella se retirara a su apartamento para acostar a Pearl.

Tres días más tarde Jack acudió apresuradamente al

apartamento a buscarla mientras ella secaba la ropa de los niños, con el brazo agarrotado de pasar camisetas mojadas por el escurridor.

—El doctor Anderson quiere vernos a los dos —anunció Jack lívido—. Ahora mismo, me ha dicho su secretaria.

Se le hizo un nudo en el estómago mientras lo seguía pasillo abajo. ¿Le habría revelado demasiado al doctor Anderson la otra noche? Parecía molesto, e incluso enfadado, con que le hubiera pedido la recomendación para luego no aprovecharla. ¿Qué había hecho?